

La Vida y la Verdad
triunfan de dioses,
instituciones y hombres

Nº 1-4

Vida y Verdad

Publicación periódica
á cargo de la Sociedad
del mismo nombre

Editor: JONATHAS RIEDELL.—Casilla Nº 380

SUMARIO

Vida y Verdad.....	Erasmus de Rotterdam.
Patriotismo.....	Herbert Spencer.
Observaciones.....	A. Bararoff.
La belleza, la fuerza y la salud.	
Paganismo contemporáneo.....	Max. Nordau.
La tinta y la sangre.....	Emilio Zola.
Los obreros.....	Manuel Ugarte.
A la Juventud.....	Abelardo de Rienzi.
Epílogos.....	Varios.

Valor: 10 céntimos

Venta: Agencia de suscripciones de Iglesias D^{nos}.

San José de Costa Rica
Establecimiento Tipográfico de B. Alsina

1904

SUMARIO DEL SEGUNDO NUMERO

LOS MEDICOS

Erasmus de Rotterdam.

OBSERVACIONES

Alejo Bazaroff.

EL ALCOHOLISMO Y EL CLERO

(J. Garcia Monge) *Jonathas Riedell.*

NOTAS BIOLOGICAS

Dr. Mirabell.

EL ARTE CONTEMPORANEO

Leonardo da Vinci.

BALZAC

Max. Nordau.

LA SIEMBRA

P. Labarca H.

LAS ABEJAS

León Tolstoi.

EL YIGÜIRRO TRISTE

Marcos Froment.

EPILOGOS

Varios.

Vida y Verdad

San José, C. R. 13 Abril 1904

La Vida y la Verdad triunfan de dioses, instituciones y hombres.

Vida y Verdad

La *Vida* y la *Verdad* triunfan de los dioses, porque á pesar de que todas las religiones de que tienen recuerdo los hombres han declarado inmortalés á sus divinidades y percederos á los hombres, éstos viven y han dado muerte con la verdad á los dioses, hijos de la imaginación violada por el miedo. Sólo la vida es duradera, la vida que es más fuerte que la muerte, porque sólo se muere cuando se ha engendrado la vida y queda perpetuado el sér en el sér más joven. Los dioses se mueren porque los matan los hombres, porque los mata la verdad, la hermosa primogénita de la vida. No, no son los dioses inmortalés sino la vida que florece en las plantas, se estremece y se mueve en los animales; ama, trabaja y piensa en los hombres.

La *Vida* y la *Verdad* triunfan de las instituciones, porque ellas son creaciones transitorias y acomodaticias á las necesidades pasajeras de los hombres. Sí cultivarse es experimentar nuevas necesidades y á darles satisfacción están llamadas las instituciones, éstas no pueden ser eternas, sino mudables y caducas, como las necesidades que las engendran. Crear necesidades de orden moral é intelectual es obra de la verdad, la cual, en consecuencia, dará muerte á las instituciones que no satisfacen las necesidades creadas. De ese modo la vida que genera

la verdad y la verdad que ilumina, y que es fuerza, creando nuevas necesidades, triunfan de las instituciones humanas.

Por eso los imperios y monarquías, los cacicazgos y las repúblicas perecen, mientras subsisten los hombres; perecen las legislaciones y las religiones, porque todas son instituciones humanas, mientras subsiste la verdad que explica la naturaleza y satisface las ansias de conocer que son perpetuas en todos los corazones de la nobleza de la especie humana.

La *Vida* y la *Verdad* triunfan de los hombres que viven empeñados en mantener vivos sus dioses muertos ó las instituciones que se están muriendo. La vida y la verdad triunfan de los hombres que representan la historia de las preocupaciones, de las supersticiones, de las costumbres de épocas que ya son cadáveres.

Hombres, instituciones y dioses en lucha contra la vida y la verdad quedan vencidos.

Gritos de vida vibrarán en las páginas de esta *Revista*; gritos vivientes y soberbios que harán despertar á los dormidos en el fondo de las aguas estancadas de nuestro mundo moral é intelectual.

Detrás de esta *Revista* se halla una pléyade de conciencias jóvenes y transparentes como el fanal azul del aire que cubre infinitamente nuestras cabezas. Oído bien, somos una pléyade de conciencias, no de inteligencias que fácilmente se sobornan ó se corrompen. Nuestras manos no conocen los incensarios de oro que se balancean tres veces derramando aromas ante los hijos de la vanidad y del orgullo que se han erigido en árbitros de los destinos de esta sociedad. Existé en ella una juventud inteligente que languidece y se marchita á la sombra, sin horizonte alguno, á veces estrechando en amoroso abra-

zo los grandes árboles que le dan vida y sombra—sombra también.

Juventud, ardorosa juventud, venid, aquí está el campo escueto, aquí nos da el sol y nos refresca el viento; quizás sobrevenga la tempestad, pero qué importa! somos jóvenes y ese mismo viento habrá arrebatado la semilla para hacerla germinar en otras partes; venid y abandonad vuestra política, sed libres; aunque sólo sea en secreto, sed libres, con esta libertad franca de los que tenemos limpias las manos y limpias las conciencias. Dejad á los políticos vuestra política y no sirváis de pajes cuando tenéis el deber de ser, ante todo, hombres. Venid, en sigilo si queréis, pero venid para llevar á cabo la siembra en campo abierto. No serán para la tarde las cosechas, serán para mañana, pero serán seguras. Si acaso maldecís en el fondo de vuestra alma la política de vuestro tiempo, venid á sembrar la del futuro; si la educación que se os ha dado fué un tanto falsa y así lo comprendéis, venid á preparar la educación de vuestros hijos: si no halláis á la mujer suficientemente instruida para hacerla vuestra compañera, venid, aquí tenéis una tribuna libre; pero sin ideales no vengáis, odiamos tanto la devoción como la oposición política y ni lo uno ni lo otro encontraréis aquí: nosotros vamos á sembrar para mañana.

Mas al arar el campo la reja de nuestro arado puede que deje surcos profundos en él y puede que se haga necesario incendiar las yerbas que ahora le devoran lo mejor de sus jugos.

Erasmus de Rotterdam.

Patrio- tismo

Si alguien supusiera en mí falta de honradez ó de veracidad, sus palabras me hirieran en lo vivo; pero si dijese que no soy patriota, le oiría impasible. «¿Es que usted no ama á su país?» se me preguntará. Contestaré despacio.

La temprana abolición de la servidumbre en Inglaterra, la pronta aparición de instituciones relativamente libres y el reconocimiento más completo de las pretensiones populares después que la decadencia del feudalismo había emancipado á las gentes del suelo, son timbres de gloria que debemos recordar con orgullo. Cuando se decidió que cualquier esclavo que pusiese el pie en Inglaterra recobraría *ipso facto* la libertad; cuando prohibióse la importación de esclavos en las colonias; cuando se pagaban 20 millones para emancipar á los esclavos en las Indias occidentales; cuando, con poca prudencia, es verdad, se mantenía una escuadra para perseguir la trata, nuestra patria realizaba actos dignos de ser admirados. Y cuando Inglaterra abrió sus puertas á los refugiados políticos y abrazó la causa de los pueblos que luchaban por la libertad, demostró nobles cualidades merecedoras de elogio. Mas, por desgracia, la mayor parte de los sucesos ocurridos en los últimos tiempos sugieren reflexiones muy distintas. La manera como Inglaterra ha adquirido dominio sobre ochenta posesiones—establecimientos, colonias, protectorados—no puede ser motivo de satisfacción. El tránsito de los misioneros á los agentes residentes, luego á funcionarios que capitaneaban fuerzas armadas, después al castigo de los que se resistían á someterse, y, por último, á la llamada «pacificación», este proceso, decimos, de anexión, ya gradual, ya repentina, de que son ejemplos la nueva provincia india y la Barutzi-

landia, declarada colonia británica, con tan poco respeto á la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no despierta sentimientos de simpatía hacia sus autores. El amor á la patria no se sobrepone en mí al recuerdo de que, después de declarar nuestro primer ministro que era compromiso de honor el ayudar al Jédive á recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó á administrar aquellos territorios en nombre de la Reina y del Jédive, es decir, que realmente nos los anexionamos; ni al de que, no obstante haber prometido dos ministros de las colonias no intervenir en los asuntos interiores del Transvaal, reclamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas electorales, convirtiendo la resistencia que encontramos en pretexto de una guerra asoladora. (*) Ni estimo digno de alabanza el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada á un jefe de filibusteros, ó en la concesión de los honores universitarios á un archiconspirador, ó en los ruidosos aplausos con que los estudiantes saludan al que se burla de la «dudosa rectitud» de aquellos que se oponen á los planes de agresión. Si porque mi amor á mi país no sobrevive á éstas y otras experiencias contrarias, me motejan de antipatriota, perfectamente, acepto gustoso el epíteto

El grito «¡con nuestra patria, tenga razón ó no!» lo juzgo detestable. Por su asociación con el amor de la patria, el sentimiento que expresa parece legí-

(*) Vemos repetir la transparente excusa de que los boers comenzaron la guerra. En el extremo Oeste de los Estados Unidos, en donde cada cual se defiende solo á sí propio y se entienden bien los usos de aquélla, se considera como agresor al que primero mueve la mano en dirección de sus armas. La aplicación es obvia.

timo; pero quitándole la máscara se ve que es odioso. Observemos los casos alternativos.

Supongamos que el derecho nos asiste, que resistimos una invasión. Entonces la idea y el sentimiento encarnados en aquel grito se ajustan á la equidad. Puede, en efecto, sostenerse que la propia defensa, no sólo está justificada, sino que es un deber. Supongamos ahora, por el contrario, que nuestro país es el agresor; que nos apoderamos de territorios ajenos, ú obligamos por las armas á una nación á recibir productos que no necesita, ó apoyamos á algún agente para que castigue á los que se han limitado á aplicar la ley del tali6n. Supongamos que hacemos algo que, por hipótesis, admitiremos que es malo. ¿Qué querrá decir entonces, «con nuestra patria, tenga razón ó no?» El derecho no es nuestro, sino de nuestros contrarios; la injusticia no es suya, sino nuestra. ¿Cómo, pues, traducir el grito mal llamado patriótico? Evidentemente de esta manera: ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia! En otras relaciones de la vida, semejante combinación de ideas se estima el colmo de la maldad. Existía entre nuestros antepasados, y aún existe en muchas personas, la creencia en el principio personificado del mal; la creencia en un sér que recorre incesantemente el mundo luchando contra los buenos y ayudando al triunfo de los malos. ¿Pueden sintetizarse mejor las aspiraciones de este sér que con la frase ¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia!? ¿Les gusta el paralelo á nuestros pseudo-patriotas?

Hace algunos años se me presentó ocasión de expresar mis sentimientos—de antipatrióticos, sin duda, serán calificados—en términos que causaron asombro. Era la época de la segunda guerra del Afghanistan cuando, persiguiendo lo que creíamos

«nuestro interés.» invadimos aquella comarca. De pronto, se supo que nuestras tropas estaban en peligro. En el Ateneo, un militar muy conocido—entonces capitán y hoy general—me leyó el telegrama que daba la noticia, revelando en su acento que esperaba verme participar de su ansiedad. Mi contestación le dejó absorto. «Cuando los hombres, dije, alquilan sus brazos para matar á otros hombres por obediencia, sin preguntar si la causa que se dispone á servir es justa, no me importa que ellos sean las víctimas.»

Preveo la objeción que va á hacérseme. Si se acepta ese principio, se alegará, no es posible que haya ejército: el Gobierno quedará indefenso. No puede permitirse á los soldados que juzguen de la razón con que la batalla se empeña. Si tal se hiciese, destruída la organización militar, el país sería presa del primer invasor.

No tan de prisa, replicaré. En una guerra de defensa nacional, el ejército sería tan útil como ahora. Entonces cada soldado tendría conciencia de la justicia de su causa. No se comprometería á esparcir la muerte entre hombres que no sabía si peleaban con razón ó sin ella, sino entre hombres que eran reos de agresión manifiesta contra él mismo y sus compatriotas. No se opondría resistencia á la guerra agresiva, sino á la defensiva.

Puede decirse naturalmente, y decirse con verdad, que si no hay guerra agresiva, no hay guerra defensiva. Es claro, sin embargo, que una nación puede limitarse á la última, aunque otras naciones no hagan lo mismo. Por tanto, el principio es válido.

Pero aquéllos cuyo grito es: «¡con nuestra patria, tenga razón ó no!» y que agregarían á las ochenta y pico de posesiones incorporadas otras adquiridas por

iguales medios, verán con disgusto esta restricción de la acción militar. Para ellos no hay locura más grande que practicar el lunes las máximas que profesan el domingo.

Herbert Spencer

Observaciones

En las épocas en que nuestras gentes se reúnen, unas atraídas por la curiosidad y el afán de ostentación, y otras por la devoción y la sencillez, es cuando se pueden hacer muchas observaciones sobre la existencia de un rebaño que pierde inútilmente la mayor parte de su vida, pues desconoce la verdad al dejarse domiñar por las mentiras que imponen las conveniencias sociales.

En los días consagrados por el culto católico para recordar la crucifixión del profeta Jesucristo, al amparo de una bandera roja y negra, los adoradores de efigies pudieron hacer pública ostentación de su esclavitud.

Rodeando las iglesias de las cuales habían de salir las imágenes de madera de los diversos santos, se reunían hombres y mujeres, niñas y jovencitos: los cerebros débiles de la infancia y de las mujeres, los hombres sin voluntad propia, los enfermos de la inteligencia, los esclavos de la rutina, y, si no, las coquetas que desean lucir sus trajes nuevos, las niñas que buscan novio, los jóvenes que por todos lados andan molestando con sus impertinencias á las señoritas y los que venden sus almas porque—en nuestro país—es preciso creer como creen los demás

para ser bien estimado y poder sostenerse en la lucha por la existencia.

Como el miedo los ha vuelto demasiado cobardes, rinden sus sombreros ante las esculturas, más ó menos artísticas, que van saliendo una tras otra y que han de representar en las calles de nuestra ciudad una escena de barbarismo que se efectuó hace diecinueve siglos en un hombre cuya memoria debía respetarse de otra manera sin ultrajarla con esos simulácos vanidosos: él que era tan humilde y sencillo.

Las gentes, en vez de acompañar á sus ídolos en su marcha de dolor, sintiendo el sentimiento que simulan al reunirse allí, los dejan ir solos: la que se llama buena sociedad deja la misión de cortejar á los santos á las personas del pueblo que son, talvez, las que no fingen nada de lo que sienten, las más desgraciadas porque viven en la aldea oprimidos por un cura sin ilustración.

Y al ver á Jesucristo con la cruz á cuestas, rodeado de personas embrutecidas por la servidumbre y la miseria intelectual, se comprende lo inútil de esa farsa que todos los años representan los católicos; se ve que los hombres, mientras vivan fanatizados por los sacerdotes, no podrán nunca ser libres y progresistas.

Los sacerdotes, vestidos con sus hermosas túnicas arrancadas por medio de contribuciones al pueblo creyente, pasan mirando con altivez á las víctimas de su explotación desvergonzada de la credulidad pública.

Y allá, en una iglesia apartada, á ambos lados de la puerta de entrada, dos señoritas con un plato de cristal en la mano, piden limosna para el templo, para la virgen que en soledad completa, de seguro no


sabr  que hacer para vivir.  No es ésta una especulación repugnante   la que no debían prestarse las señoritas? Las creencias y la curiosidad públicas constituyen las materias primas para una de las industrias que han hecho florecer al sacerdocio en Costa Rica.

La limosna que allí se d , nos contestarán los sumidos en las tinieblas del fanatismo, es una merced que el cielo concede. Se fomenta de ese modo el abandono y la pereza, se hace que el hombre sue e   invoque   la *suerte* y al *dinero*, pues no de otro modo podría llamarse un dios que obliga á pagar sus servicios por adelantado.

Esa es la vida de las naciones que no saben progresar, por eso es que Costa Rica apesar de tener á su alcance muchas facilidades para su desarrollo, se contenta con permanecer estacionaria, esperando en la bondad de un dios que necesita rogaciones para regar los plantíos y que solicita dinero adelantado para conceder sus mercedes.

En ese estado permaneceremos mientras existan gentes que buscan amos y que se reunen para tener más fuerza: la fuerza bruta de la mayoría; que dejan que cualquier hombre se les imponga como director material y espiritual y que lo esperan todo de un dios olvidadizo que se entretiene en escribir en el libro del destino: lo cual constituye el mayor de los obstáculos que encuentra el hombre en la ruta que lleva al progreso,   la justicia y   la independenciaci n.

Alejo Bazaroff.



La belleza, la fuerza y la salud

En nuestra época de encarnizada competencia—dice con razón Lafevre en *La Revue*.—la victoria final corresponde al hombre más vigoroso y más resistente, que pueda poner un *organismo de acero* al servicio de una *voluntad de hierro*.

La humanidad sufre y sufrirá siempre. Hay para hacer al hombre vigoroso algo más que descubrir que vacunas y sueros, microbios y culturas. Por mucho que admiremos los adelantos modernos, el pensamiento se vuelve hacia aquellos antiguos colosos galos y francos, hacia aquellos soberbios atletas de la antigua Grecia, de quienes nos separa un abismo. Hay en esta comparación una enseñanza sugestiva que meditar, un problema grave que resolver.

Todos saben que el *régimen* es el uso *razonado y metódico* de las cosas esenciales á la vida, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad. El régimen alimenticio ha cambiado mucho en la edad actual. Los pueblos antiguos, ó se abstentían por completo de carne, ó la comían muy poco; sin hablar de la China ó de Egipto, donde el vegetalismo era practicado universalmente sabemos que los atletas griegos, modelo de bellas formas, se alimentaban esencialmente de higos, nueces, quesos y pan, y de masa, especie de pastel no fermentado; el caldo negro de los espartanos es legendario; Platon prohibía el uso de la carne en su *República*; los neo-platónicos de Alejandría sentían repulsión por el *régimen de los lobos y de los buitres*, y Longino, Porfirio, Séneca y Ovidio han censurado las aficiones carnívoras.

La Iglesia, por su parte, ha prescrito, con fines higiénicos tanto como penitenciaríos, dos días de

abstinencia por semana y varios otros de ayuno, especialmente en la Cuaresma; y si en nuestros días ha cedido, no ha sido sin protesta; y las Ordenes religiosas que han respetado la regla primitiva, son precisamente aquellas entre cuyos adeptos se cuentan los mejores y más numerosos ejemplos de longevidad. Y en cuanto á los grandes hombres que han luchado contra la costumbre de comer carne, se cuentan Bossuet, Voltaire, Diderot, Rousseau, Michelet, Gassendi, Pascal, Newton, Franklin, Lamartine, Cuvier, Milne-Edwards, Dujardin, Beaumetz y cien otros más.

Pero dejando á un lado argumentos de autoridad, vengamos al fondo de la cuestión. Las materias que sirven para reparar las pérdidas son las llamadas por Liebig *plásticas*, es decir, las albuminoidas, proteicas ó azoadas, como la clara de huevo, las albúminas de la leche, de los vegetales, de la carne y de la sangre. Las sustancias que producen la fuerza, ardiendo en cierto modo en el organismo con el oxígeno de la respiración, son las *combustibles ó respiratorias*, tales como los azúcares, grasas, aceites, mantecas y féculas. Añadiendo á estas dos clases de materias, el agua y algunas sustancias minerales, como la sal, los carbonatos de cal, sosa y potasa, las sales de hierro y los fosfatos, tendremos todos los materiales que necesitamos para nuestra alimentación.

Se llama *alimento completo* á todo el que por sí solo puede sostener la vida; ese alimento encierra, en la proporción necesaria, agua, plásticos, respiratorios y materias minerales.

Véase en el siguiente cuadro el valor real de los alimentos más comunes, según análisis de Payen, Berzelius, Wurtz y König.

Nombre de los alimentos	Agua	Albúminos	Grasas	Fécula y azúcar	Sales minerales	Fósforo
	grs.	grs.	grs.	grs.	grs.	grs.
Carnes	780	170	50	145	94.15	4,5
Sangre	807	182	2	>	9	0,8
Huevos	756	122	107	5	10	4
Leche de vaca.	865	36	10	55	4	1,9
Trigo	140	146	12	670	16	10
Cebada	130	134	28	836	45	6,6
Avena	140	119	55	215	30	10
Maíz	177	128	70	590	11	9,6
Arroz	144	64	4.3	781	6.8	9,7
Lentejas y guisantes	115	265	25	580	56	8,7
Patatas	760	15	2	200	20	8,7
Uvas y frutas azucaradas.	890	75	>	150		9
Almendras y frutas grasas	54	242	537	72	29	
Castañas	587	23.1	8.7	530	15.2	
Queso de Gruyere	846	335	250	2	38.5	
Caldo	985	6	2		6	

Las carnes, con 780 de agua, están lejos de ser alimentos completos; aunque se coman dos ó tres kilos diarios, nadie por eso sólo puede decir que está tan bien alimentado como tomando sopas, ó huevos y leche. En cambio, los cereales y las leguminosas, y sobre todo los frutos oleaginosos, son alimentos completos, cuyo poder nutritivo es asombroso. Así se ve que hay pueblos enteros que no comen otra cosa: el único alimento de los canarios es el *gofio*, trigo tostado; la avena es el manjar nacional de los escoceses; el maíz forma la polenta de los piamonteses y la borona de los gallegos, y el arroz es el alimento principal de la mitad de los habitantes del globo.

Las razas vegetarianas representan la gran mayoría de los habitantes de la tierra. El aldeano ruso vive exclusivamente de leche y de huevos; el noruego no conoce el uso de la carne; los soldados polacos que sirvieron con Napoleón, vivían de pan y legumbres;

los mineros de Chile comen higos, habas y galletas; en Méjico, el alimento ordinario del obrero se compone de tortillas de maíz; los chinos sólo consumen arroz; los bolivianos, maíz, cacao y agua; y todas estas razas son ágiles, vigorosas, de gran resistencia y de mucha longevidad, mientras que las razas carnívoras, esquimales, hotentotes, boschimanos, pre-gianos, etc., son precisamente las más degradadas, moral y materialmente. Éstos son incapaces de soportar grandes marchas ni pesados trabajos, y aquellos sufren dieciséis y dieciocho horas de trabajos; aguantan marchas de 12 leguas, y cargan con pesos enormes sin violencia ninguna. En Smirna los cargadores llevan pesos de 200 á 300 kilos, y solo comen pan negro y legumbres, pareciéndoles inútiles las carretas para el transporte.

Según la *Revue d' Antropologie*, los obreros del campo de los diversos países de Eúropa se mantienen de lo siguiente:

Bélgica: pan moreno, legumbres, manteca y café; rara vez tocino salado.

Escocia é Irlanda: avena, leche, manteca, patatas, café y té; por casualidad tocino gordo.

Prusia, Sajonia y Baviera: sopa de hierbas, guisantes secos, patatas y leche: carne los días de fiesta.

Italia: macarrones, polenta, pastas variadas, pan, legumbres, frutas.

España: pan, legumbres, garbanzos.

Rusia: Pan de centeno, coles, sopa de setas, centeno.

Suiza: leche, queso, sopa de legumbres.

Francia: carne, por excepción, de una á seis veces al año, y en algunas comarcas, como Bretaña, nunca.

Costa Rica: frijoles, arroz, maíz, frutas, legumbres y raíces.

Los labradores — se dirá, — y en general los que viven al aire libre, pueden prescindir de la carne, porque el aire los alimenta; pero los habitantes de la ciudad necesitan de la carne como fortificante. Esa objeción es pueril: el aire no alimenta ni la carne fortifica. La carne es un excitante sencillamente: el caldo, el jugo de la carne y la carne misma, dan al organismo un *latigazo* análogo al que producen el alcohol, el café y el té. Por eso los acostumbrados á ello no pueden pasarse sin su bistec, como no saben prescindir de su copita.

El vegetariano no necesita latigazos para marchar vigorosamente, el carnívoro necesita entre platos aperitivos, carnes, licores, todo género de excitantes para marchar. En las pruebas de resistencia llevadas á cabo en diferentes ocasiones, ya con motivo de carreras á pie ó de marchas, ya en concursos de ciclistas, los vegetarianos han llevado siempre la mejor parte.

Es pues evidente, *á priori* y *á posteriori*, que las fuentes vivas de la energía, y por lo tanto del vigor material, intelectual y moral, están exclusivamente localizadas en las reservas vegetales. El carnivorismo agudo es compañero obligado del alcoholismo. Un excitante llama á otros, y así se llega á perder la acción sana de la legítima necesidad alimenticia. Esas hambres de ogro súbitas, esos desfallecimientos instantáneos, esos bostezos inoportunos y enervantes no son expresión del apetito normal y fisiológico; son el síntoma de una perversión de sensación, ligada á una alteración ya profunda del mecanismo nutritivo, que viene á terminar fatalmente en lesión en el individuo, y en degeneración en la raza. Todo por considerar como verdaderos alimentos á los que no lo son ó lo son imperfectamente, prescindiendo de

los que contienen la mayor cantidad de materia nutritiva asimilable.

Paganismo contemporáneo

Guy de Maupassant, Gabriel d'Annunzio y Pierre Louys conquistaron en un instante un nombre universal. *Maupassant* es incomparablemente el más nota-

ble de los tres, pero él también aplica su incontestable fuerza de exposición á lo que hay de más estrecho y de más vulgar. *D'Annunzio* es el más insoportable retórico que conozco en toda la literatura, un discípulo rezagado de Góngora cuya fraseología enmarañada y dulzona no tiene comparación si no es con la indigencia de sus ideas. *Pierre Louys* camina siguiendo las huellas de *D'Annunzio*. Su *Afrodita* es un baturrillo chapurreado á la griega, entresacado del *Piacere* y de las *Vergine de la roccie*, impregnado del mismo snobismo estético, del mismo pseudo-aristocratismo y de la misma retórica ampulosa aunque sin la añadidura del misticismo. Tienen, por otra parte, en común un mismo rasgo esencial. Se revelan contra la doctrina moral del pórtico y del cristianismo, glorifican la voluptuosidad y predicán la sumisión de la inteligencia á todos los caprichos de los sentidos. Eso les ha asegurado un éxito universal que artistas contemporáneos infinitamente más grandes no han alcanzado porque no son los sacerdotes del culto de Astartea. *Fernando Farre* cuya intensidad de visión sobrepasa la de *Maupassant*; *Foguzzano*, el gran compatriota de *d'Annunzio*, el más noble poeta épico en prosa de la Italia actual; *Paul Adam* cuyas novelas *La Multitud* y *La Guerra de*

Bizancio constituyen revelaciones artísticas—esos tres hon. bres no son objeto de charlas por parte de los snobs literarios que en la prensa de ambos mundos emiten oráculos estéticos. Cito á voluntad tres figuras que exteriormente son comparables á *Mau-pasant, d'Annunzio* y *Pierre Louys*. Las algazaras de entusiasmo no son sino para esos tres escritores pues satisfacen los instintos anti-cristianos de los que se llaman á sí mismos letrados cristianos.

Mientras mejor conozco la historia de la civilización y de la psicología de los pueblos más se fortifica en mí la idea de que la religión y la moral no son naturales sino para la raza que las ha desarrollado de su propio fondo y permanecen completamente extrañas á cualquier otra raza. Creo que la religión no es un artículo de exportación. Toda actividad de misionero es un piadoso y noble error. Algunos individuos aislados pueden sentir en su sér afinidades electivas con la doctrina religiosa y moral de un pueblo extraño; pero la masa de los pueblos acepta, á lo más, las exterioridades de una religión que le ha sido traída de afuera. No se observa nunca una conversión íntima á los ideales éticos que han germinado en otra alma popular.

Max. Nordau.

La tinta y la sangre

Paul de Casagnac cree que el hombre político debe ser un muchachón muy valiente y muy diestro en el manejo de la espada, que á la primera palabra debe presentar el pecho á su adversario; y este político, no es, según él, digno del poder, sino cuando lo hace suyo á mano

armada, y le conserva del mismo modo que los bandidos románticos se apoderaron de los equipajes de los viajeros en la edad de oro de las diligencias.

Toda la importancia del hombre político estriba, según Paul de Casagnac, en el carácter. El talento según él, no sirve para nada. Porque un hombre de talento que no es valiente, hace una triste figura en el terreno. Los pensadores en política lo estropean todo. Son precisos los soldados. No importa que sean unos animales con tal de tener unos buenos puños.

No vayáis á la escuela sino á los gimnasios y salas de esgrima.

Yo, por el contrario, creo que si el carácter no va acompañado de algo, no sirve de nada bueno. Porque Troppman era un carácter también y otros mozos se jugaron la cabeza como cualquier hombre político; y es más, si se permitiera extender la comparación, diría que entre ellos y un conquistador cualquiera, no veo más diferencia que la de una escena más ó menos grande.

Trato de probar que si el carácter no se agrega al talento, es decir, la inteligencia en la fuerza de su corazón y su lógica, el hombre será sólo una fiera peligrosa, que matará con más ó menos heroísmo. Ser fuerte es el buen sentido de la palabra, no es únicamente querer y poder,—en este caso se encuentran casi todos los bandidos—es tener genio; es dejar tras sí una creación de verdad y de justicia.

La lucha, está pues, entre la pluma y la sangre.

Y yo pregunto ¿qué imperio ha fecundado la sangre? ¿Qué es de la conquista hecha por la espada? ¿Qué del imperio de Alejandro? ¿Qué del imperio de Napoleón? Toda esa lluvia de sangre ha empapado la tierra sin hacer brotar siquiera una idea.

Y ahora hablemos de la tinta que Paul de Casagnac desprecia tanto.

La tinta fecunda, en la tinta se halla la gran fuerza de la civilización. No ha brotado una sola idea sin haber sido regada por la tinta. De los tinteros de los sabios y de los escritores brota una soberbia flor, la flor soberbia del genio del hombre. Mientras que Napoleón nos ahogaba en sangre inútil, el tintero de Lavoisier y el de Gay Lusac creaban una ciencia, y del tintero de Víctor Hugo brotaba una literatura. Desaffo á que me señalen proyecto humano alguno que no se halla desarrollado en una gota de tinta.

No es, pues, tan feo eso de tener manchados de tinta los dedos.

Hace mal Paul de Casagnac en hablar de los tinteros. Se cura una herida hecha por la espada y no se cura una herida hecha por la pluma. Y es que la espada es el arma de los músculos y no prueba absolutamente nada, mientras que la pluma es el alma de la inteligencia.

Talvez algunos hombres políticos se enfaden al mirarse en este espejo del duelista, y se llamen á sí mismos hombres de acción, llamándonos á nosotros hombres de gabinete.

Veamos. Un hombre se halla solo en su gabinete, sin moverse, delante tiene un tintero, una pluma y un papel. Ese hombre es Rabelais, es Molière, es Balzac.... Y en esa muerte aparente de los miembros, hay una acción que va á conmover al mundo, que va hacer adelantar los siglos y avanzar la humanidad, porque así el cerebro obra y trabaja por la moralidad.

Un hombre se encuentra en el poder tiene la pretensión de hacer un pueblo. Ese hombre es Casimiro Perier, es Guizot, es Thiers. Y cuando ha llenado su

época con el ruido de su nombre, desaparece con su obra, no dejando más que la memoria de un fantasma como los grandes comediantes.

Quiero decir que la acción real y duradera se encuentra sólo en el pensamiento escrito, y que los hombres políticos por altos que sean, mueren sobre la brecha, mientras que sus castillos de cartas se deshacen sobre la arena, siempre movediza de la historia.

Si alguno de nosotros en el fondo de su gabinete, tiene genio bastante para escribir una obra maestra, ella sólo immortalizará la Francia. De Roma muerta ha quedado Virgilio.

Los escritores somos la gran fuerza con nuestro tintero y nuestra pluma: como los dueños de los oídos y del corazón del pueblo. Un escritor hará sin duda mal papel en el poder porque se ha olvidado de aprender esgrima y equitación. Pero vosotros gobernad, que nosotros haremos la historia, solamente tened cuidado. En Roma nos llamamos Juvenal y escribimos sátiras. En tiempos de la restauración firmamos nuestros folletos con el nombre de Paul Louis Courrier: el 2 de Diciembre nos llamamos Víctor Hugo y abofeteamos al naciente imperio lanzando, el grito sublime de «Les Châtiments.»

Lo que esperan las naciones modernas es un mesías de la verdad; y los nuevos profetas que anuncian su venida nos dan sangre, que para nada nos sirve; los nuevos profetas, los sabios y los escritores, dan su tinta que fecundiza nuestra inteligencia.

Emilio Zola.

Los obreros

Bajo la aurora roja que clarea,
por el camino blanco de la aldea
desfilan los obreros en cuadriga....
Resignados y mudos, los colosos,
dejan colgar los brazos poderosos
al azar de la marcha y la fatiga.
Tienen perfiles anchos y salientes,
el cabello les cae sobre las frentes,
las espaldas son bloques de canteras....
y cuando están dispersos y distantes,
se recortan al sol como gigantes
que marchan al asalto de una hoguera.
Ante ellos entre tules de neblina,
alzan las chimeneas de la usina
sus dos brazos de sangre coagulada,
y en la amarga tristeza del paisaje,
aquella oscura muchedumbre en viaje
parece una gran fuerza maniatada.

Deja tras ella muerto el caserío
donde tiritan de dolor y frío
las mujeres, los niños, los ancianos....
....Al obrero que vuelve la cabeza
se le anegan los ojos de tristeza
y se le crispan sin querer las manos.
Pero por sobre el ala de amargura
que cubre como un techo la llanura,
flota una claridad deslumbradora....
es la esperada redención que viene:
entre las manos, como cetro, tiene
las fulgurantes llamas de la aurora;
y la oscura y doliente caravana,
entonando los cantos de mañana,
entra á su negra cueva de dolores,

como una tempestad hecha poeta,
que al fin estallará sobre el planeta
en una colosal lluvia de flores.

Manuel Ugarte.

A la juventud

Un rumor de primavera en el alma de un hombre canta como una fuente de vida y de amor en una noche de luna azulada de silencio; una flor de juventud perfuma las alas extendidas del ambiente, prendido en torno de los hombres como se perfuma el aleteante colibrí prendido á la corola de las rosas. Ni un solo aroma, ni un rumor de juventud se advierte en torno de nosotros; parece que viviéramos en un hoy muy prolongado que no tuviese mañana. No fluye la fuente de los impulsos generosos; se hallan enclaustradas sus aguas en lo más íntimo del corazón de nuestra juventud y ya no se piensa, ni se quiere, sino lo que puede dar dinero. La intriga ha reemplazado al talento y la altivez de los corazones bien puestos soporta sobre sus hombros un fardo de conveniencias amontonadas por el cálculo y se inclina á cada momento ante los hombres que posiblemente gobernarán más tarde, como han gobernado ya por espacio de veinticinco años.

En todos los países de la tierra ha amado la juventud cuantas cosas nobles embellecen la existencia; por donde quiera las generosas ambiciones que levantan á los hombres por encima de las vulgaridades de la vida han germinado en la juventud; las grandes revoluciones del pensamiento, aún cuando

no siempre se han concebido en esa edad, siempre se han encarnado en la juventud y por eso han llevado su fuerza y han triunfado en la vida. Nuestro país no conoce juventud; los que no son viejos llevan un corazón gastado y una cabeza dispuesta para el cálculo: saben muy bien qué clase de opiniones son las que complacen á los que envidian ó á los que temen. A los veinticinco años son ya los más hábiles políticos: conocen su camino; procederán por sustitución y su posición les quedará por herencia ó por legado, no ganada por el talento ni con el trabajo. Ya están perdidos para la obra de emancipación intelectual y moral, ya no hay que contar con ellos, sino para presentarles el combate cuando nos llegue la hora.

Vigorosa juventud de veinte años que acabáis de dejar las aulas, acercaos á nosotros y subid á esta tribuna del pensamiento libre: acabad vuestra educación aquí, venid á emanciparos de todas las preocupaciones que pervierten el criterio, de todos los errores que os dejan pasar en las escuelas y los colegios. Nuestra sociedad se halla en rezago; agrupáos junto á nosotros que abrimos las columnas de esta *Revista* para gritar desde ellas: **en marcha hacia adelante.**

Abelardo de Rienzi

EPILOGOS

LA SEMANA SANTA Una semana santa más! Todavía un espectáculo sangriento y cruel ante los ojos de pueblos que pretenden de civilizados. Y ese espectáculo lo exhibe una Iglesia que viene desde

hace mucho tiempo jactándose de ser la moralizadora del mundo. Así, piensa ella, perpetúa un recuerdo; pero nosotros agregamos que así no se hace la redención de los hombres, sino, que, por el contrario, se les barbariza, poniéndoles delante uno de los ejemplos más dolorosos de la historia. La Iglesia misma ningún provecho sacó de ese ejemplo de intolerancia bárbara, porque todavía no ha muchos siglos asesinó en nombre de un dios y de una fé á quienes pensaron menos servilmente que ella; todavía no ha muchos años declaró anatema para los hombres que tienen confianza en su razón. La semana santa recuerda un crimen de una época histórica: el asesinato de un hombre de Jesús propagandista de una doctrina religioso-social. Por lo tanto, ese espectáculo es doblemente inmoral: simboliza un crimen y es, de consiguiente, un mal ejemplo, en primer término; y en segundo lugar, no podrían los hombres de otra fé representar públicamente el drama sangriento de la histórica Juana de Arco ó de Juan Huss ó de Giordano Bruno? Con qué derecho la Iglesia exhibe un crimen cometido hace dos mil años por hombres sin cultura, cuando ella hace trescientos años no más, entre gentes cultas, ha cometido los mismos crímenes? Por otra parte, no se predica desde los púlpitos católicos el amor de los hombres? Cómo es entonces que públicamente se predica odio á la raza semita, odio á los malvados judíos que dieron muerte á Jesús? También esto es inmoral.

Y si tal no se pretende, si es un mero símbolo, entonces es de condenar no sólo á la Iglesia sino también á una sociedad que no se conmueve ante la triste situación de un hombre que marcha atado de pies y cuello á encontrar la muerte en los abiertos brazos de la cruz destinada á ajusticiar bandidos. Cómo esa

sociedad no rompe esas cuerdas como símbolo de que en nuestro tiempo ese crimen no lo cometerían los hombres? O es acaso que también lo cometerían?

Leonardo da Vinci

LOS CONCURSOS En las publicaciones literarias y no literarias de Costa Rica existe una costumbre muy lucrativa y peligrosa: la de los concursos. No pasa un mes sin que veamos que tal diario abre un concurso de belleza para señoritas ó que tales revistas abren uno de popularidad ó simpatía para ambos sexos. Esto es lo corriente. En el fondo de estos concursos no hay más que un asunto económico: se trata de vender más números, de hacer dinero con el diario. Cómo sacarlo? Explotando la candidez y ociosidad características de esta población.

Por desgracia estos concursos ponen en juego una gran cantidad de pasiones malsanas, en especial la vanidad y la envidia.

Además los concursos dan nacimiento á rivalidades odiosas y hasta duraderas entre las niñas.

Naturalmente tales triunfos son de la más dudosa popularidad. Son el resultado de la competencia que mantienen entre sí cuatro ó seis jóvenes que desean sacar como reinas á sus novias. Eso es todo, pues la gente seria y que trabaja no se preocupa de estos entretenimientos pueriles y pasados ya de moda en las sociedades laboriosas.

Cuánto mejor sería que los jóvenes depositaran en la caja de fondos para socorrer incurables el dinero que gastan en cupones para fomentar vanidades y saciar cuestiones de bolsillo.

En cuanto á las niñas más les valiera que emplea-

ran su ociosidad y juventud en el trabajo, en educarse y en instruirse más, y en la protección de los desvalidos. Ojalá comprendieran para siempre que los concursos actuales, que tanto las seducen, son una indigna explotación de su belleza ó de su simpatía, una cuestión de lucro á costa de los encantos con que nacieron. Prepárense para ser cumplidas reinas de los hogares futuros: ese es uno de los reinados más dichosos y redentores que les toca en este mundo.

Sean simpáticas en el sentido etimológico de la palabra, es decir, sientan con los demás: asóciense para llevar un consuelo á los hogares pobres, para que protejan y eduquen á las hijas de nuestros obreros y labradores. Esto es lo que hacen las niñas ricas y desocupadas de los países cultos.

En cuanto á la prensa, bueno sería que no olvidara que en este país todo está por hacerse en el terreno de la cultura. De modo que más ganaríamos con que empleara su tiempo y energías en engañar menos al público, en instruirlo y en civilizarlo más.

Así la prensa sería un poder útil y de cultura y no continuaría arrastrando como hoy, una existencia lánguida, sin interés, poco instruida y sin ideales.

ORACIONES · Cuentan que los japoneses han **MECANICAS** comprendido claramente que la práctica de oraciones continuadas es algo mecánico y sin pizca de sentimiento piadoso; de manera que para no desagradar á sus ídolos, inventaron unos muñecos automáticos que mueven sin cesar los labios como si estuviesen rezando. Estos aparatos con su matraqueo monótono, han sustituido á los japoneses en sus rezos. Y yo sé que los dioses están muy contentos.

Recordaba esa costumbre cuando leía una curiosa

invitación pública que un señor Canónigo hizo á varias señoras de esta capital en los días de Semana Santa. En esta invitación les exigía que se presentaran en el templo de la Soledad media hora antes de salir la procesión del Santo Sepulcro, que fueran con sus hijas y trajeadas de luto riguroso, y que cada una llevara un cirio con lazo negro. Además les advertía que por la calle fueran en dos filas y siempre por delante de la imagen. Les indicaba también que durante la procesión debían rezar el Santísimo Rosario y las oraciones que pudieran.

No había visto una imposición eclesiástica de más imperativa ridiculez. Los señores frailes, en primer lugar, ya no se contentan con reglamentarlo todo dentro de los templos, sino que llevan su malla de advertencias hasta la calle. Cansados estamos de tantas reglas odiosas é inútiles. Parece que por todos los medios quisieran atar nuestra voluntad y hacer de las gentes un rebaño sin iniciativa, acostumbrado á la obediencia pasiva.

Por otra parte yo sé que muchas señoras han visto con extrañeza que, sin haberlas consultado antes, anden sus nombres impresos en hojas públicas. Esta es una falta de respeto y un autoritarismo sin límites. Pero lo que llega al colmo del absurdo es la imposición de que recen por la calle sesenta padrenuestros y avemarías ó sea un Santo Rosario. Tal oración, practicada de tal modo, es falsa, mecánica y sin valor alguno como sentimiento religioso. Creo que toda persona que estime en algo su voluntad y entendimiento, ha sido incapaz de hacer un trabajo propio de papagayos.

Tales rezos los dejaremos para los muñequitos de los japoneses.

Jonathas Riedell

LA NUEVA

Se acaba de abrir en el Louvre

SALA

una nueva sala de escultura. Pero

DEL LOUVRE

se ha tenido la idea singular de levantar las estatuas sobre zócalos tan altos que las miradas alcanzan difícilmente más allá de los costados. Y todavía es preciso levantar la cabeza y aun echarla hacia atrás. El zócalo reina en todos los museos, en los jardines; do quiera hay una estatua, allí hay un zócalo. Por qué? Es una costumbre antigua que nos ha sido trasmitida por la iglesia. Es un absurdo. Natural es que los sacerdotes que solo admiten dioses y semidiosos ícen esos personajes respetables sobre columnas ó sobre altares, porque eso aumenta su prestigio. Las estatuas de las iglesias se han hecho para ser adoradas ó veneradas; mientras más lejos están de nuestros ojos, más se imponen á la piedad popular. No debe mirárselas frente á frente, puesto que los sentimientos que han de inspirar son los que convienen á un fiel cuya dicha está en humillarse ante un ser todopoderoso ó muy poderoso. Pero nada de eso es válido cuando se trata de simples ejemplares de la belleza humana. No tenemos la costumbre, cuando contemplamos con emoción una mujer desnuda y bella, de hacerla subir sobre una mesa; es ese un refinamiento inspirado precisamente por los museos y en el cual no se piensa en semejantes coyunturas. Casi no conocemos la belleza humana sino bajo dos aspectos: ó acostada ó en pie, delante de nosotros, la frente en la frente, los labios en los labios. Siendo el hombre generalmente más grande admira á la mujer un tanto de arriba á abajo; la mujer muy ligeramente de abajo á arriba. Por qué, pues, el zócalo? Sería tan agradable pasearse á pie por en medio de un pueblo de mármol. Daría eso tanta vida á la estatua. Se habría pensado alguna vez en esto;

un parque cubierto de césped, grandes árboles y aquí y allá, pisando la yerba, como mujeres verdaderas, unas cuantas mujeres bellas, encantadas de ser de mármol ó de piedra? Habrá que humanizar el arte, hacerlo viviente y familiar. Una simple loza de cuatro dedos de alta, tal es el zócalo que conviene á toda estatua de tamaño natural. No tenemos necesidad de dioses, denos el arte amigos.

Remy de Gourmont

NUESTRO SALUDO Tenemos el honor de saludar á la prensa del país, no por su historia ni tampoco por su labor presente, sino por lo que puede hacer y por lo que tenemos derecho á esperar de los hombres que se llaman á sí mismos el cuarto poder del Estado.

INVITA- Es nuestra revista tribuna libre de las ideas contemporáneas. Aquí está el hogar de las inteligencias que no siendo esclavas se proponen como noble fin de su vida cultivarse y trabajar para llevar felicidad á los hombres. Aquí hallarán afecto caluroso los que traigan un poco de valor para decir la verdad.

PRECIO El precio de nuestra *Revista* sorprenderá á los hombres prácticos del tanto por ciento. Por encima de los negocios de dinero—en el presente caso—están nuestras ideas. Un grupo de jóvenes paga para que muchos lean.
